

# Lesya Ukrainka:

## mujer, poeta y luchadora

**Anastasia Espinel Suares**

Historiadora y docente universitaria, nació en Cherepovetz, Rusia. Actualmente reside en Bucaramanga, Colombia, donde se desempeña como docente en la Universidad de Santander (UDES), colaboradora habitual de la Revista Universidad de Antioquia, [anastasiaespinel@gmail.com](mailto:anastasiaespinel@gmail.com)

*¡No, no moriré!  
Y para siempre viviré  
Porque mi corazón alberga aquello  
Que ni la muerte podrá con ello*  
**Lesya Ukrainka**

Lesya Ukrainka, el pseudónimo literario de Larisa Kosach (1871-1913), poetisa, escritora, dramaturga y traductora, se considera hoy una de las figuras más destacadas de la literatura clásica ucraniana. Su obra, tan prolífica como multifacética, sigue causando polémicas encarnizadas entre lectores y críticos literarios pues no corresponde a ninguna de aquellas corrientes y escuelas literarias que abundaban en la literatura universal a finales del siglo XIX-comienzos del siglo XX. Muchos de sus versos contienen una latente protesta contra la moral burguesa, exaltan la soledad y pretenden explorar los rincones más arcanos de la inconsciencia, lo que los aproxima a la tradición decadentista; otros investigadores hacen énfasis en su gran capacidad para captar todos los detalles de la vida, desde los más sublimes hasta los más sórdidos y desagradables, poniéndola entre las filas de los naturalistas; su gran pasión por los enigmas de diferentes culturas y los mensajes ocultos con cierta dosis del misticismo la une también a los simbolistas. Sin embargo, Lesya Ukrainka, al juzgar por sus propios comentarios, no escatimaba emociones negativas hacia todas aquellas corrientes literarias y no se identificaba con ninguna de ellas, dejándose influenciar con las ideas cada vez más radicales, balanceando constantemente entre el realismo crítico y el romanticismo revolucionario.

Las disputas alrededor de la gran poetisa ucraniana continúan hasta ahora, más de un siglo después de su muerte. Bajo el régimen zarista, su obra fue censurada como la de tantos otros autores considerados “subversivos” y algunos de sus poemas, ensayos y obras teatrales fueron incluso prohibidos. En el período soviético, por el contrario, sus libros se publicaban en millones de ejemplares no solo en ucraniano sino también traducidos al ruso y a muchas otras lenguas de los pueblos de la antigua Unión Soviética, pero la interpretación de su obra era más bien unilateral ya que la ideología oficial quería ver en su figura exclusivamente a una demócrata revolucionaria y luchadora fervorosa contra el régimen absolutista, dejando a un lado todas las demás facetas de su talento. En la Ucrania actual, donde en 2021 se celebraron con gran pompa los 150 años del nacimiento de la poetisa, Lesya Ukrainka es considerada, junto con Tarás Shevchenko e Iván Frankó, uno de los tres clásicos más importantes de la literatura nacional, pero aquella nueva visión de su obra, desde una postura del nacionalismo exagerado y la exclusividad cultural ucraniana, tampoco es del todo objetiva e imparcial. Realmente, no sería apropiado buscar aquellas tendencias en sus poemas y dramas, donde las figuras folclóricas del paganismo eslavo se entremezclan con los dioses y héroes de la mitología clásica, los faraones egipcios, los primeros mártires cristianos y los personajes de

comedias clásicas. Trabajó en géneros tan diversos como poesía lírica y épica, drama histórico, prosa, periodismo, crítica literaria y folklore. Era una verdadera políglota que, además del ucraniano, su idioma natal, y el ruso, la lengua universal de todos los intelectuales de la Rusia zarista, dominaba a la perfección otros idiomas (francés, alemán, búlgaro, polaco, latín y griego), lo que le permitía traducir al ucraniano a numerosos clásicos de la literatura universal. La inspiraban tanto los infinitos bosques y los caudalosos ríos de su natal Volinia<sup>1</sup> como las cumbres nevadas del Cáucaso; las soleadas costas de Crimea; el cielo plomizo y la espléndida arquitectura de San Petersburgo; los mármoles sagrados de la Acrópolis ateniense y de los numerosos templos de las islas del Egeo; los eternos foros, calzadas y acueductos de Roma; el colorido de la vieja Estambul así como las bulliciosas calles de Alejandría y El Cairo, el majestuoso Nilo y las milenarias pirámides de Guiza. Además, era una de las fundadoras del Partido Social-Demócrata de Ucrania y la primera traductora en la lengua ucraniana del “Manifiesto del Partido Comunista”, la obra fundamental de C. Marx y F. Engels. En fin, era mucho más que una poetisa ucraniana, una auténtica ciudadana del mundo.

En el presente artículo trataremos de recrear la figura de aquella gran hija de su época con la mayor objetividad posible, dejando a un lado todos los clichés y estereotipos arraigados, para entender lo complicada que era su personalidad y la grandeza de su genialidad.

Nació el 25 de febrero del año 1871 en Novograd-Volynskyi, ciudad que actualmente pertenece a la región de Zhitomir en Ucrania, en el seno de una familia perteneciente a la nobleza tradicional ucraniana de origen cosaco. Su padre, Piotr Kosach, era un personaje de notable relevancia: tenía el rango de mayor general, ocupaba el puesto de consejero del Estado, se desempeñaba como abogado, pedagogo, mecenas y miembro activo de diferentes círculos intelectuales. La madre de la futura poetisa, Olga Dragománova, una de las representantes más destacadas del feminismo ucraniano de la época,

etnógrafa, publicista y escritora que publicaba bajo el pseudónimo de Olena Pchilka (literalmente, “la Abeja”), según afirman algunos biógrafos, no trataba a su hija con demasiado cariño<sup>2</sup>. La niña vino al mundo cuando su madre aún no se había recuperado del todo tras el nacimiento de su primogénito Mijaíl y, además, no tenía suficiente leche. Poco después del nacimiento de Larisa, su madre emprendió un largo viaje por varios balnearios europeos para recuperar su salud, donde pasaría casi dos años sin ver a sus dos hijos que durante todo este tiempo permanecerían bajo cuidado de su padre y sus numerosos tíos. La familia no pudo encontrar ninguna nodriza para la pequeña Larisa por lo que fue alimentada con leche de vaca diluida con agua tibia. La niña apenas toleraba aquel alimento y, como resultado, crecía débil y enfermiza; los médicos incluso temían que no sobreviviera. Más tarde, con el regreso de la madre, en la familia nacieron otros cuatro retoños (Olga, Nikolái, Oxana e Isidora) así que la atención de la progenitora quedaría centrada en sus hijos menores.

Sin embargo, a pesar de todas aquellas dificultades, la niñez de la futura poetisa no era del todo infeliz. Gracias a la exitosa carrera pública de Piotr Kosach, los niños no padecían necesidades y todos recibieron una excelente educación casera. Recuperada por fin de sus numerosos partos, Olena Pchilka se convirtió en la primera maestra de sus hijos. Fue ella quien les enseñó a leer y escribir en ucraniano, así como les dio las primeras nociones del estudio de las lenguas europeas. Al mismo tiempo, se oponía a su ingreso en los colegios públicos para evitar la inevitable rusificación y todas aquellas restricciones que imponía la censura zarista. Todos sus hijos deberían ser educados como unos auténticos ucranianos, vestirse con trajes típicos y hablar entre ellos solo en su lengua materna; esta era la regla de oro que también deberían cumplir todos los maestros caseros. La idea no era bien vista ni por el padre de los niños, ni por su tío materno Mijaíl Dragománov, famoso filósofo, historiador y el fundador de la revista *Gromada*, el primer diario político ucraniano; los dos creían que aquella

<sup>1</sup> Región histórica al noroeste de Ucrania, entre los ríos Prípiat y Bug, limítrofe con Bielorrusia y Polonia.

<sup>2</sup> Alexander Karevín, Lesya Ukrainka: ¿la víctima de su propia madre? (Kiev: Kievskiy, 2022), <https://telegrafua.com/country/12812/>.







formación “exclusivamente ucraniana” les crearía problemas en el futuro, no les permitiría recibir la educación superior completa ni integrarse en la sociedad. De tal modo, la madre de familia vivía en un constante conflicto con su esposo y hermano lo que, a su vez, dejaba su rastro en la forma de pensar de todos sus hijos.

*Para contemplar una vez más la ola azul del Dniéper*

*No me importa si aún vivo o si estoy en la tumba*

*Para ver la estepa, sus antiguos túmulos funerarios*

*Sentir la fuerza ardiente que allí abunda.*

En 1881 la madre de familia finalmente aceptó que sus hijos mayores deberían iniciar su educación formal. Los Kosach se trasladaron a Kíev donde los niños, con ayuda de maestros privados, comenzaron a prepararse para los exámenes de ingreso a un gimnasio, sin embargo, pronto Lesya recibió un nuevo golpe del destino. A los 10 años, sufrió un fuerte resfriado que se complicó con terribles dolores en las articulaciones inicialmente de los pies y luego también de las manos. Los ungüentos, los baños de hierbas medicinales y otros tratamientos habituales no dieron ningún efecto y en el año 1883 le diagnosticaron la tuberculosis ósea, enfermedad que en aquel entonces no tenía cura. Los médicos intentaron detener el avance del mal, operándole a Lesya la mano izquierda para extraer los fragmentos del hueso afectado, pero la cirugía fue un fracaso y la dejó con la mano deforme. Fue así como a sus 12 años Lesya se vio obligada a renunciar su gran sueño de ser concertista de piano<sup>4</sup>.

Tras haber abandonado sus clases de música, la muchacha decidió dedicarse a la pintura. Durante un tiempo, asistió a las clases en la escuela artística de Alexander Murashko, un reconocido pintor egresado de la Academia Imperial de las Artes de San Petersburgo. Se preservaron algunos cuadros de Lesya de aquel período que la caracterizan como una pintora hábil y con estilo propio, pero pronto su salud se empeoró aún más, haciendo imposible su estancia en Kíev. De tal modo, con tan solo 13 años, Lesya tuvo que abandonar sus clases de pintura y también todos sus sueños de recibir una educación formal.

Desgastada por su enfermedad incurable, Lesya regresa a la finca familiar en Kolodiázhnoye. El aire fresco y la tranquilidad del campo alivian sus males, pero aquella vida retirada y apacible, limitada con el círculo estrecho de los

familiares y unos pocos amigos, sin esperanzas ni perspectivas para el futuro, le resulta insoportable. La joven no se rinde, sino que continúa sus estudios por cuenta propia y pasa todos sus ratos libres escribiendo. Ya en el año 1884 en la revista literaria *Zariá* (“El amanecer”) fueron publicadas sus primeras obras poéticas “El lirio del valle”, “Safo” y “Ya pasó el verano”, firmadas con el pseudónimo de Lesya Ukrainka (Lesya la Ucraniana). Los poemas fueron bien recibidos por la crítica, aunque no se escatimaron dudas acerca de que la autora de aquellos versos, dotados de una gran variedad métrica y estrofas originales, fuera realmente una muchacha adolescente.

Viendo que la literatura le ayuda a su hija a olvidar sus dolencias, Piotr Kosach la apoya en la medida de lo posible, consiguiéndole todas las novedades bibliográficas, más que todo, diccionarios de idiomas, así como libros de Historia, mitología, filosofía y etnografía de diferentes pueblos y culturas, disciplinas que, además de la literatura, se convierten en una auténtica pasión de la joven. Basándose en los libros del célebre egiptólogo francés Gastón Maspero y otros famosos orientistas de la época, a la edad de 19 años Lesya redactó para sus hermanos menores el manual titulado *La historia antigua de los pueblos orientales* y publicó varios ensayos históricos y etnográficos. También tradujo al ucraniano las obras de Homero, N. Gógol, A. Mickiewicz, H. Heine, V. Hugo y otros autores.

Piotr Kosach también entendía que su hija no podría pasar los mejores años de su juventud recluida en casa; le financiaba con regularidad sus viajes a los mejores balnearios del Cáucaso, Crimea, Alemania, Imperio Austro-Húngaro, Suiza, Bulgaria, Italia, Grecia e incluso al lejano y exótico Egipto, plenamente consciente de que la estancia en aquellos lugares no solo le ayudaría a Lesya a combatir sus dolencias físicas sino también a buscar la inspiración para sus nuevos escritos. El resultado de aquellas largas travesías fueron las narrativas poéticas “La sirena” (1885), “Sansón” (1888), “La leyenda lunar” (1889), “Roberto Bruce, el rey de Escocia”

(1893), los dramas históricos “La rosa azul” (1896), “Sobre las ruinas” (1904), “Aisha y Mahoma” (1907), “En las catacumbas” (1907), “Rufino y Priscila” (1907), “Casandra” (1907) y numerosos poemas que posteriormente formarían parte de las tres famosas antologías tituladas *Sobre las alas de las canciones* (1893), *Pensamientos y sueños* (1899) y *Las repercusiones* (1902). A pesar de aquella gran variedad de temas y géneros, todos los escritos de Lesya Ukrainka poseen ciertos rasgos comunes. Según Lina Kostenko, la destacada poetisa ucraniana del siglo XX, en todas sus tramas inspiradas en las leyendas clásicas o bíblicas, Lesya Ukrainka encuentra unas “analogías ardientes” con los sucesos de su propia época, “todo aquel nudo gordiano de nuestra historia nacional”; también la considera una auténtica fundadora del drama poético, género literario “otrora prácticamente ausente en la literatura ucraniana”<sup>5</sup>. A su vez, el reconocido crítico del período soviético Alexander Deich vio en los dramas poéticos de Lesya Ukrainka cierta influencia de los clásicos de la literatura rusa, “a partir de Pushkin”<sup>6</sup>.

No cabe duda de que Piotr Kosach se sentía orgulloso de su hija que parecía haber heredado su mismo carácter, su fuerza interna y su voluntad inquebrantable; la apoyaba en todo y se alegraba sinceramente de sus publicaciones y éxitos literarios. En cambio, las relaciones de la poetisa con su madre fueron bastante complicadas a lo largo de toda su vida. Olena Pchilka pretendía controlar todos los aspectos de la vida de su hija, desde la elección de ropa y peinados hasta la edición de sus escritos. Vea en Lesya a una mera seguidora suya, negándose a reconocer su personalidad independiente y un talento propio. Usaba la enfermedad de su hija como pretexto para controlar cada paso suyo, incluso cuando Lesya había dejado atrás la niñez y la adolescencia, plenamente segura de que su “pobre niña” jamás podría llevar una vida independiente. Además, Olena Pchilka, convencida de que su hija, poco agraciada y enfermiza, jamás despertaría sentimientos sinceros en ningún hombre y nunca conocería amor verdadero en vida real y no en sus fantasías poéticas. Por lo

<sup>3</sup> Anatol Kostenko, *Lesya Ukrainka. Serie: Vida de personajes ilustres* (Moscú: Molodáya Gvardia), 21 (en ruso).

<sup>4</sup> Álvaro Ocariz y José Andrés, *Lesya Ukrainka, el alma de Ucrania* (Madrid: Desiré ediciones, 2020), 17.

<sup>5</sup> Lina Kostenko, *La gigante de la poesía: la obra dramática de Lesya Ukrainka* (Kíev, 1989), 57 (en ucraniano). Citado desde <https://ukrclassic.com.ua/katalog/k/kostenko-lina>

<sup>6</sup> Alexander Deich, *Lesya Ukrainka* (Moscú: Gospolitizdat, 1954), 108 (en ruso).

tanto, se esforzaba por espantar a todos los admiradores potenciales, sospechando en cualquiera de ellos alguna “intención deshonesto” y condenando a su hija a la eterna soledad.

los jóvenes volvieron a encontrarse solo un año después en el balneario de Yalta, donde ambos habían acudido por motivos de salud. Fue así como Lesya se enteró de que Serguéi padecía una forma grave de tuberculosis pulmonar y esto pareció acercarlos aún más. Allí, en Crimea, con sus soleadas playas, frondosos viñedos y escarpadas montañas, Lesya conoció por primera vez un amor real que la inspiró a escribir uno de sus mejores poemas líricos:

*La rosa azul está muriendo,  
Anhelando estar a tu lado  
Pues lejos de ti  
Terminará pereciendo.  
Una amante doncella,  
Como la rosa, pura y bella,  
Se transforma en rocío  
Sobre tu tumba sombría.*

En verano de 1898 Lesya invitó a Serguéi a la finca de su familia y lo presentó a sus padres. Olena Pchilka se opuso decididamente a aquella relación pues un revolucionario problemático y, además, gravemente enfermo no le parecía un partido conveniente para su hija. Les negó su bendición en caso de que los jóvenes decidieran casarse, pero esto parecía no importarles. Como la mayoría de los revolucionarios de su generación, Lesya y Serguéi eran ateos, librepensadores y opositores a toda clase de prejuicios burgueses, incluido el matrimonio tradicional. Su relación duró solo dos años, pero precisamente en este período Lesya compuso la mayor cantidad de sus poemas de amor:

*Tus cartas huelen a rosas marchitas,  
Tú eres mi alma, la luz de mi vida.  
Recuerdo tus besos, tus tiernos abrazos  
Y sólo contigo me siento en casa.*

En el invierno de 1901 la salud de Serguéi se deterioró drásticamente, dejándolo postrado en cama en su apartamento en Minsk. Aunque no quería que su amada lo viera en un estado tan lamentable, unos amigos en común le escribieron a Lesya, pidiéndole venir a Minsk. A pesar de una fuerte oposición por parte de su madre y del resto de su familia, Lesya

viajó inmediatamente, a sabiendas de que aquel encuentro con Serguéi Merzhinski podría ser el último y que el clima invernal de Minsk, con su frío y humedad, podría resultar fatal para ella misma. Además, la reputación de una joven soltera, instalada bajo el mismo techo con el hombre con quien ni siquiera estaba comprometida oficialmente quedaría manchada de por vida ante los ojos de la sociedad.

Permaneció casi dos meses junto a su amado agonizante, hasta el 3 de marzo de 1901, cuando el corazón de Serguéi dejó de latir. Sin duda, su muerte fue para Lesya un golpe durísimo, pero también la inspiró a escribir en una sola noche una de sus mejores obras, *La poseída* (1901-1902), historia de un amor imposible, donde el personaje de Jesús Cristo posee algunos rasgos de Serguéi Merzhinski mientras en la trágica figura de María Magdalena, poseída por “los demonios del amor” pero incapaz de aceptar todas las ideas del Mesías, se reconoce con facilidad a la misma autora. Además, según sus propias palabras, descubrió que podría amar y ser amada, tener una vida propia, librarse del agobiante control de su madre y del resto de los parientes, y ser feliz a pesar de todas sus dolencias físicas y espirituales. Tras haber enterrado a su primer amor, la poetisa no regresó al nido familiar sino que aceptó la invitación de su nueva amiga, la escritora ucraniana Olga Kobylínskaya, famosa por sus ideas revolucionarias y modernistas, a pasar una temporada en su casa en Bucovina<sup>10</sup>. Olga y sus amigos, en su mayoría, jóvenes intelectuales de ideas progresistas, así como el viaje por los Cárpatos le ayudaron a Lesya a superar su pérdida, a encontrar nuevos temas e ideas para su obra y a abrir su corazón a un nuevo amor.

Kliment Kvitka, abogado de profesión y un gran apasionado por la música y el folclore, conoció a Lesya aún en el año 1898, cuando era estudiante del primer semestre de la facultad del derecho de la Universidad de Kiev, donde Lesya había dado varias conferencias de literatura. El joven estudiante ni siquiera intentó disimular que se sentía fascinado por la conferencista y le confesó su pasión por el canto folclórico

ucraniano. Entonces, Lesya le propuso grabar en el fonógrafo algunas canciones interpretadas por ella misma; así surgió la amistad entre una poetisa reconocida y un estudiante, nueve años más joven que ella, desconocido y pobre.

Durante varios años, Kliment Kvitka admiró a Lesya de lejos y tan solo después de la muerte de Merzhinski intentó conquistar su corazón. Dispuesto a consolarla, la siguió a Bucovina y, según el testimonio de Olga Kobylínskaya, durante un paseo en los Cárpatos, cuando Lesya se acercó a un abismo y bromeó que se enamoraría de cualquiera capaz de saltar desde allí, Kliment Kvitka se dispuso a hacerlo y los otros amigos lo tuvieron que sostener con fuerza para disuadirlo de semejante locura. A partir de aquel incidente, Kliment y Lesya se volvieron inseparables.

En 1907, tras varios años de la unión libre, la pareja formalizó su relación con una modesta ceremonia ortodoxa, sin testigos ni invitados, en la Iglesia de la Santa Asunción en Kiev, a pesar de que Lesya inicialmente no quería cumplir con los “ritos eclesiásticos y burgueses”. A pesar de todas sus ideas liberales y progresistas, la familia de Lesya se negó a aceptar a su esposo, tildándolo de “bastardo” y “pordiosero”. Realmente, Kliment ni siquiera recordaba a sus padres biológicos quienes lo entregaron en adopción a temprana edad y, además, no gozaba de buena posición económica. No era más que un pequeño funcionario de la Corte que recibía un salario mínimo y, además, mantenía a su madre adoptiva y a una hermana viuda. En respuesta, Lesya rechazó cualquier apoyo económico de su familia.

Los recién casados se instalaron inicialmente en Crimea y luego se trasladaron a Georgia, donde Kliment Kvitka recibió el puesto de asesor titular. Su salario y las regalías de parte de los editores de Lesya apenas alcanzaban para vivir, por lo que los dos se esforzaban en completar el presupuesto familiar haciendo traducciones y dando clases privadas. Sin embargo, a pesar de las dificultades económicas, los últimos años de la vida de Lesya Ukrainka pasaron en

<sup>10</sup> Región histórica en los montes Cárpatos, actualmente su parte septentrional pertenece a Ucrania y la meridional a Rumanía.

<sup>7</sup> “Lesya Ukrainka, la estrella que apenas conocemos”, *Revista cultural La caravana de las historias* (2022), <https://karavan.ua/kultura/lesja-ukrainka-ukrainskaja-superzvezda-kotoruju-my-dosih-por-ne-znaem-foto/>.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> Grupo secreto fundado en 1895 por Vladimir Uliánov (Lenin) y otros líderes del marxismo ruso, cuya actividad principal consistía en distribuir la literatura marxista entre los trabajadores del sector industrial y estudiantes universitarios. En el año 1898 fue reorganizado en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

No es de extrañar que a la joven Lesya no le faltaran admiradores, pero solo uno de ellos, el revolucionario bielorruso Serguéi Merzhinski, pudo conquistar su corazón. Se conocieron en 1896 en una reunión secreta de los integrantes de la sección local de la Liga de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera<sup>9</sup>. Según el testimonio de la misma Lesya, quedó impresionada no solo por sus apasionantes discursos revolucionarios sino también “por aquella luz intensa y brillante de los ojos azules de Serguéi que me penetró hasta lo más profundo del alma”. Sin embargo, no era un clásico “amor a primera vista” ya que



plena armonía con su esposo y consigo misma. La poetisa logró que su esposo no se dejara arrastrar por el monótono y aburrido trabajo en la oficina y no abandonara su pasión por la música y la etnografía. A su vez, inspirada por el generoso sol de Georgia, sus verdes valles y los majestuosos picos del Cáucaso, así como por los recuerdos de su niñez sobre los seres mágicos del folclore de su natal Volinia, Lesya creó su obra más famosa, “El canto del bosque” (1911), drama poético sobre el trágico amor entre un humano y una *mavka*, el espíritu femenino del bosque. Mientras tanto, su salud empeoraba debido a una grave infección renal. El organismo, extenuado por largos años de lucha contra la tuberculosis ósea, no pudo resistir aquel nuevo mal, pero incluso en el último año de su vida, Lesya no se rendía. Al enterarse de que su hija se encontraba en un estado de salud crítico, Olena Pchilka vino a Georgia para apoyarla.

Durante el último año de su vida, compuso varias obras más, entre las cuales sobresalen “La orgía”, un drama de carácter histórico-filosófico, y el ciclo poético “El milagro de Orfeo”, dedicado al poeta Iván Frankó. Incluso en su lecho de muerte, grabó junto a su esposo algunas canciones folclóricas y le dictó a su madre los fragmentos de “En las orillas de Alejandría”, su último drama poético sin terminar. Murió el 1 de agosto del 1913, en el pueblo georgiano de Surami, en una cálida noche de verano, entre los brazos de su madre y su esposo. Seis días después, el féretro con su cuerpo llegó a Kíev, donde fue enterrado en el Cementerio de Báikove.

La vida terrenal de Lesya Ukrainka duró tan solo 42 años, pero su herencia literaria cuenta con 12 narrativas poéticas, 22 dramas históricas, 21 relatos en prosa, más de 250 versos y, además, 33 obras inconclusas de diferentes géneros. Kliment Kvitka sobrevivió a su amada por 40 años; se convirtió en un reconocido musicólogo, decano de la cátedra de música folclórica del Conservatorio de Moscú y hasta su muerte en 1953 guardó como el mayor tesoro las grabaciones de las canciones interpretadas por su esposa. También se convirtió en el testigo en la grandiosa fama póstuma de Lesya Ukrainka que no quedó exenta de toda clase de rumores, insidias e interpretaciones tendenciosas, algo inevitable cuando se trata de la vida y obra de alguien destacado en todos los sentidos.

A continuación, la traducción de “Florece la nicotiana” (1907), un poema de Lesya Ukrainka:

*Florece la nicotiana  
Y de la noche a la mañana  
Sus flores blancas y fragantes  
Nos embriagan al instante.*

*Sus flores, tímidas estrellas,  
Fugaces, pálidos destellos.  
Nos iluminan el camino  
Hacia el amor y el destino.*

*Aquella luz tan engañosa,  
Lejana, fría y peligrosa,  
Pero la sígo, fascinada,  
Perdida y enamorada*

*No te confíes en su dulzura,  
Te llevará a la locura,  
Y de la noche a la mañana  
Florece la nicotiana. ❏*

